



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 11 DE AGOSTO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## El terror y la angustia

EL OCASO DE UN AMOR  
OLGA DE LEÓN G.

...como no hay otro igual; como ninguno pudo haber sobre la faz de la tierra. Todos, los que aman o han amado con pasión intensa, dirán lo mismo: "El nuestro es único, nadie lo siente como nosotros".

Y, tú me preguntas ahora: qué es el amor para ti. Y puedo responderte tantas cosas... En cambio, solo te digo: el amor no me define, yo lo defino a él, en tanto que es mi manera de amar:

En principio, jamás me he cuestionado, ¿por qué amo?, simplemente sucedió y no supe ni cómo ni cuándo sucedió. No amo por capricho, tampoco por necesidad... Amo sin condición ni medida; en todo caso, el otro impone qué tanto amor está dispuesto a recibir, por que el amor se regresa, nunca es amor lo que se da y no vuelve.

Para amar no necesito una razón, que el amor no se mentaliza, no en primera instancia, solo se siente, se palpa, se sufre o se disfruta y nos transporta a mundos mejores que este en el que estamos. El que ama flota, vuela, se pasea por lo alto, se tropieza con las nubes y, a veces llora con la lluvia o sonríe con las estrellas.

El sol es un cálido aliado del amor y los amantes, pero la luna es su mejor amigo, cómplice y confesor discreto, que no divulga lo que no debe conocerse. Las luciérnagas son lámparas de lujo para los amantes amorosos que caminan por senderos conocidos o ignotos, son como bombillas eternamente incandescentes y, sin embargo, funcionan en automático, sin motivo alguno se encienden o se apagan: se aparecen y se esconden cuando la noche es negra y oscura como las fauces del rencor de un amor que no supo amar de igual forma como a él lo amaron.

El amor es para mí la señal de vida sobre vida que nunca engaña, si acaso se confunde y palpita en corazones ingenuos o adolescentes, hasta que la luz del día de punto lo apaga y nunca más se vuelve a encender: porque no era amor solo un espejismo que se miró en el río equivocado y esas aguas jamás han de volver a mojarlo de nuevo. Puede suceder, puede ser que el lancheo perdiera la brújula y no supiera qué hacer.

Amar es para mí, como recitar un poema al viento, sea pensando en el ser amado o solo declamándolo porque es bello, es sonoro, un embeloso en invierno o primavera... Qué importa si la poesía es el único arte a la altura de los ángeles y querubines, porque lleva en la letra su propia música: melancólica, nostálgica, alegre y festiva como una flauta dulce, o tétrica y gris como la muerte que la anuncia eterna y viva... aún en el sepulcro.

Mi amor es una coraza contra el miedo, me da fuerza y fortaleza, me hace lucir bella y joven ante los ojos de mi amado; aunque los años se me vinieron encima y la belleza me dejó ha mucho: en un rincón olvidada, en esa esquina a la que todos se niegan a acercarse, por temor a desaparecer un día entre sus intersecciones. Y reducirse a una arista apretada, como el final de una línea que se quiebra o se pierde.

Amar es la razón sublime de mi ser en



esta tierra, en esta casa que cual castillo de arena o cristal, un día desaparecerá... Y, a pesar de los pesares, mi amor se quedará, en el recuerdo que sembré en mis hijos, en la memoria de los hombres que nunca se atrevieron a decirme: te quiero, por que temían el rechazo de una mujer que solo amó a un hombre y, en él, a todos aquellos ideales o sueños que nunca realicé por devoción y fidelidad a mi misma... Que, a final de cuentas, a quien más amé fue a la mujer que escribe poemas, historias, cuentos y fantasías sobre mil cosas y ninguna.

Amar es un acto físico, mental, moral y espiritual de entrega total y sin condición a un ser amado, o a la humanidad: receptáculo de nuestro amor, que no siempre resulta ser ni el ideal ni el mejor...

Mas el amor lo transforma en lo que la amada o el amado desea y ama: su ideal de hombre o mujer intangible e irreal: un ser onírico y poético que va camino del ocaso y, sin embargo, sabe que muere porque va dejando de moverse, como quien se resiste a morir.

LA HISTORIA QUE TE DEFINE  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

¿Me pides una historia que me defina? ¡Déjame contarte de Delaira! Ella era una bomba de alegría. Y para un espíritu melancólico como el mío, también era el motor que me convertía en un ser vivo actuante. Era mi dosis de vitaminas, la

sonrisa calurosa en el invierno, el abrazo refrescante en el verano. Era un chupito de cóctel B-52: azúcar y alcohol que le permiten a uno olvidar las penas, caminar sin miedo por la vida, envalentonarse y tomar decisiones importantes y cruciales para nuestro crecimiento profesional y personal. La compañía perfecta que sana las resquebrajaduras del corazón. La seguridad de no estar solo, la certeza de que, por cualquier sendero que se vaya, irá uno acompañado. Una bomba de colores que explota en el cielo y desciende a tierra firme en forma de enormes semillas de confeti que siembran árboles coloridos para darnos sombra cuando se requiere; oxígeno limpio, una maraña de cables eléctricos y parlantes que nos alegran la vida.

Su voz era rumor de río, un megáfono que llegaba hasta el último rincón de la casa, que hurgaba en las ratoneras y ponía a bailar a los ratones. Frente al micrófono, la explosión era una atómica reacción que deslumbraba con canciones de despecho, con alegría amorosa, con saciedad de pájaros redoblando entre las alas de los árboles. Vividora de ficciones de una vida deseosa de llevarse los aplausos de la noche. Capaz de confundir una letra de canción con poesía. Y era más que eso, porque cuando cantaba, también saltaba de un lado a otro, concentrada en hacer llegar su intensa energía de amorosa pasión a su pareja. La guerrera

que tras el escudo de metal y sosteniendo una espada de plata en la otra mano, defendería su territorio: su amado caballero andante que confundía sombras con monstruos mitológicos.

Su cuerpo era el campo de batalla donde me batía a muerte. El espejo de la misericordia, el tenebroso atardecer de luna entre las piernas. Pétalo enterregado por la nieve. Preciosura de la sombra. Vapuleo poético mirando al futuro. No un castillo en el aire, ni en la arena, sino una enorme casa en la pradera. Mansión que termina en desfiladero, junto a muelles donde no hay barco que sea capaz de atracar, excepto el que lleva el nombre del amado. Los años convertidos en costumbres rurales: las flores crecen, el sol se embriaga por la noche para amanecer contento, asomado en la ventana. La luna silva mientras gira de contenta. Las estrellas no se opacan, brillan orgullosas brindando por el lecho donde los esposos se vuelcan uno sobre el otro.

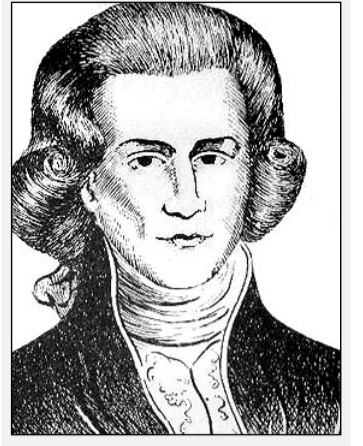
¿Quién era yo? La inteligencia vuelta una caricia, la música convertida en mi tacto acariciando sobre su piel, el sonido que estremece la columna vertebral. El ansia de la posesión, el estruendo de poder que se arrebató a Dios por un segundo. El sueño largo de la mañana.

El ataque ante la mínima afrenta, sin vergüenza: no había un minuto que no pensara en ella. La mente bastarda capaz de degollar al enemigo, de arrancar los ojos de quien la mirara, capaz de cortar la lengua de quien intentara cortejarla. Estaba dispuesto a derribar un muro para salvarla de las bestias mitológicas. Mi amor mejor estudiado, dos millares de fotografías de su persona. Cada gesto, cada mirada, cada parpadear lo conocía como era: divino como la colisión entre galaxias. Principio y fin del universo. Mi amor total. La poeta que dormía entre mis brazos.

Éramos el manantial del paraíso, la deslumbrante noche roja, el cielo iluminado a las dos de la mañana, el batir de tambores al amarnos. La misericordia celestial sanando tiempos de vida pasada, llenos de sufrimientos. La promesa cumplida. El agradecimiento demostrado: con un candado cerrado ante la Iglesia. La justicia más que eterna. El amor nacido atravesando las puertas de San Pedro: copulación de hechizos. La bravura de dos imanes. La vacilación del cuerpo tembloroso, el ramo y la gloria conquistada. La tumba llena de fiesta. La boda mitológica. Los tacos que consume la realeza en un puesto de la calle a medianoche. Veneración sagrada. Agradecimiento infinito.

¿Y entonces? El llamado... el maldito llamado, el puto llamado a abandonarlo todo. También a ella. No un desliz, sino el fuego de trompeta. El rey tocando acordes, la noche consumiendo partituras, la alcoba con una puta, llamada música, que se me niega cuando quiere. La maldición del destino. La prueba de obediencia. La maldita primera prueba de obediencia. "No hay nada que tu Dios te quiete que no te devuelva y recompense de otras formas". Han pasado trece años y aún estás en deuda, Señor.

He ahí la historia que deseabas escuchar. Así y así: ha sido dicho.



Félix María Samaniego

(12/10/1745 - 11/08/1801)

Félix María Samaniego nació el 12 de octubre de 1745 en Laguardia, Álava. Hijo de Félix Ignacio Sánchez de Samaniego y de Juana María Teresa Zabala, padres de nueve hijos. Se crio en el seno de una familia noble.

Después de ingresar su hermano mayor, Santiago, en los jesuitas, el escritor heredó el palacio de los Samaniego en Laguardia; dos mayorazgos; el señorío de Arraya; y los mayorazgos de Idiáquez, Yurreamendi (ambos en Tolosa) e Irala (en Oñate), con palacios, caseríos y tierras de labranza.

Asistió a un colegio municipal de Bayona, regentado por los jesuitas, en el que estudió Humanidades. Abandonó los estudios de Derecho en Valladolid y viajó por Francia.

De regreso a España, ejerció como director del Seminario de Nobles de Vergara y participó en la Sociedad Vascongada de Amigos del País.

En 1775, fue nombrado alcalde y juez ordinario de la villa de Tolosa.

Escribió las Fábulas morales (1781), con el fin de instruir a sus alumnos. Constituyen una colección de 137 apólogos que toman sus temas de Esopo, Fedro, La Fontaine y John Gay. Sus principales fábulas son: La paloma, Congreso de ratones, La cigarra y la hormiga, El perro y el cocodrilo y La zorra y las uvas.

Se casó en 1767 con Manuela de Salcedo, de una renombrada familia bilbaína. En 1790 Samaniego, sin descendencia con su mujer legítima, tuvo un hijo natural que fue bautizado en Lizarza (Guipúzcoa) con el nombre de Félix María de Paula.

En 1793, fue denunciado ante la Inquisición por tenencia de libros prohibidos, aunque pudo evadirse gracias a su amigo Llaguno y Amírola, ministro de Justicia.

Félix María Samaniego falleció el 11 de agosto de 1801 en Laguardia. Fue enterrado en la capilla de la Piedad de la iglesia de San Juan, donde la familia poseía una sepultura.

Mónica Lavín

## La tormenta y la escritura

Conocí a mi traductora, D.P. Snyder porque me buscó después de haber leído los cuentos de Manual para enamorarse con el deseo de darlos a conocer en inglés. También he tenido el privilegio de que me traduzcan y envíen textos a revistas o antologías las estupendas Pat Dubrava y Catherine Mayo.

Estamos compartiendo una residencia artística en The Hermitage, en Florida, cerca de Sarasota. Ella me pone al día porque es una fervorosa defensora del trabajo de los traductores, de cómo son puentes para la emoción estética, la reflexión y el deleite de lectores que no comprenden el idioma. Ella ha propuesto que más que traducir el término debiera ser traslucir. Resulta que este es el mes de las traductoras aquí en Estados Unidos y que 67% de quienes traducen son mujeres. Me llama la atención.

En esta residencia intercambiamos e intercalamos traducción y escritura. Mientras capoteamos a la tormenta tropical Debby que azotó con fuerza en esta costa, inundó carreteras y parte del lugar donde estamos, compartimos la lectura en voz alta de lo traducido para despejar dudas, escuchar el sonido de lo escrito en un idioma y en otro, reflexionar sobre el hecho de mantener el sentido de lo dicho y el estilo del autor, pero verterlo con naturalidad a la lengua de cada uno. Ahora que escribo esta última frase, comprendo que en su ambigua referencia física la lengua debe ser bebida como si fuera un bálsamo líquido. Que el propósito del tra-

ductor es que no se sienta forzado el tejido textual en una lengua que no es la del autor.

Nos propusimos cada día llevar una palabra a nuestras tertulias nocturnas para discutir lo imposible de cambiarla del inglés al español o viceversa, aclarar algunas expresiones idiomáticas, la necesidad de encontrar un equivalente subrayando la experiencia cultural con que nos apropiamos de uno u otro referente. Estas semanas nos hemos dedicado a cosechar las posibilidades del lenguaje y traducirnos nos ha hecho cómplices de nuestra propia tarea creativa. Dorothy es parte de mis talleres a distancia y en un taller siempre hay un intercambio donde todos aprendemos. Todos crecemos. Escribir siempre es proceso. Por eso traducir es una forma de trabajar con una materia ya cocinada y resulta un buen equilibrio cuando uno está sobre la cuerda de su propia escritura. Entre lo crudo. Con lo incierto. Traducir es tomar entre tus manos lo que el autor ya consideró listo para publicar o que ya está publicado y hacerlo vivir en otro idioma. Eso nos pone de cara a la dificultad de la ficción. Convencer de realidad, persuadir de una vida alterna. El texto debe tomarnos para sí, como una experiencia viva.

Ahora que está por terminar la residencia y la experiencia compartida no olvidaré cómo mientras los relámpagos iluminaban las ventanas y el mar era un batidero sonoro de oleaje y espuma, mientras la lluvia casi oblicua goteaba



cuarto adentro, Dorothy y yo ahuyentábamos el temor escuchando lo que una y otra había escrito. Qué placer a mis oídos, desde la experiencia y fineza y el compromiso de Snyder, escuchar algunos capítulos de Yo, la peor en inglés y sortear dilemas como no doblegarse a lo políticamente correcto, llamar negro al negro, indio al indio, ser fiel a la época. Ese negro que todavía usamos con cariño y sin discriminación en algunos países latinoamericanos. Qué oportunidad tener

un cuento fresco de Snyder en las manos e intentar la misma connotación y tono del texto en inglés que en español. Traducirnos de manera cruzada es asombrarnos con el sonido y la maleabilidad de las palabras. Es encontrar la palabra justa.

Un banquete intensificado en una estrecha franja de tierra entre el manglar y el océano, donde por unos días nos quedamos aisladas y las palabras y la escritura nos salvaron.

### ad pédem literae

Allí donde el mando es codificado y disputado no puede haber buen gobierno ni reinará la concordia

Platón

### Letras de buen humor

Lo mejor es salir de la vida como de una fiesta, ni sediento ni bebido

Aristóteles